

NAVIDAD FRANCISCANA

M. Clara desde que ingresó en la Orden Tercera se sintió fuertemente atraída por todo lo franciscano, “pequeña planta del bienaventurado Francisco”. Se humillaba como él, cantaba como él a la creación y enloquecía ante los misterios de Navidad. Su alegría franciscana brotaba de ese encuentro permanente e interior del Dios-con-nosotros en la Eucaristía.

Si era hermoso verla ante el nacimiento, identificándose con los sencillos pastores o con el coro de ángeles que cantaba GLORIA A DIOS, era sobrecogedor contemplarla en estas fechas en los momentos de adoración ante el Santísimo Sacramento. Ahí vivía el misterio de Dios encarnado. Para ella la Eucaristía era la manifestación de un amor humilde, de un amor que desea comunicarse al mundo junto con su humildad. El Niño de Belén a quien cantaba y bailaba está ahí, en la pequeñez de la Hostia consagrada.

La pobreza y el encanto de Belén, la fraternidad de quien viene a poner su tienda entre nosotros y la alegría de recibir al Salvador le templaban la lira poética y superaba en la creación de cantares, jotas y juegos escénicos en los que se reservaba papeles sin brillo. En otras veladas más espontáneas las hermanas rodeaban la estufa, madre Clara cogía el gancho de atizar el fuego y en la chapa marcaba el ritmo de los cantares o romances:

*“Sabrás, mi Niño Jesús/que hoy hemos perdido el juicio
y aquí tienes a tus locas/las hijas de tu Loquillo”*(san Francisco de Asís)

En estas fechas su maternidad crecía: por todos oraba, por todos se sacrificaba. Sentaba a los pobres en la mesa de su oración, de su sacrificio. Porque también en Navidad bebió el cáliz del dolor, como afirma una testigo en sus declaraciones.

Apasionada como era del rosario, con su gran amor y brillante imaginación, bajo el canto de las avemarías, se trasportaba a todos los lugares relacionados con el misterio de la Navidad: Acompañaba a la Virgen y a san José, a quien admiraba por su silencio en el camino a

Belén. Se quedaba quietecita con la Madre en la cueva del nacimiento o contemplaba el misterio de la Epifanía.

Cada año vivía con más intensidad la frase de Lc.2,15: “Vamos a Belén” y allí era colmada de un gran gozo. En esas tardes grises de noviembre, alrededor de la estufa, nos iba presentando personajes que la liturgia nos invitan a bajar los montes de nuestro orgullo, a levantarnos en nuestros decaimientos y finalizaba siempre con cantiquillos que resumían su doctrina:

*El secreto navideño/es decir a Dios que Sí/
dar cariño y paz a todos... La Navidad será en ti.*

No podía faltar en estos días la presencia de María. Hacía suyo lo que dice la madre santa Clara a la beata Inés de Praga. “Adhiérete a tu Madre dulcísima que engendró a un Hijo que los cielos no podían contener”.

¡Cómo animaba a las hermanas a preparar la cena de Nochebuena! Oraba para que a nadie le faltara paz y amor. Como hija de san Francisco ¡”los hermanos pájaros” tenían su ración! Sus cartas de Navidad son un derroche del amor de Dios en ella.

Cuando era abadesa subía feliz al refectorio con los regalos, cantando villancicos al son de sus castañuelas: su instrumento de Navidad que le acompañará en la última jota de su vida. Cuando murió las tenía encima de la mesa, parece que quería dejarnos en ellas su lección navideña.

“La hermana muerte” la dejó celebrar su Navidad pasada con sus hermanas. En una de sus poesías que guardaba en el cajón de su mesa, nos encontramos estos versos que sintetizan lo que fue su paso por esta tierra: ¡Un canto a la vida, un canto a la muerte, un canto al amor!

*Junto a tu cuna quiero cantar/quiero cantar como un serafín/
quiero cantarte mi amor/ Niño, Niño por siglos sin fin.
Vivir para Ti, mi vida y mi amor/ es toda mi ilusión
Morir por tu amor, vivir, morir, sólo, sólo por Ti!”.*